
EL VELLOCINO DE ORO

CUANDO se veía pasar á la señora Lazcano en su lujoso carruaje de muelles, arrastrado por dos percheros de gran alzada, cubierta con pieles de cebellinas y constelada de alhajas, se levantaban á su derredor murmullos de envidia y voces de disgusto por el aquel de la desigualdad de las suertes y mala distribución de los bienes de fortuna, que hace que unos tengamos poco y otros tengan demasiado; pues en todas partes existen ruines que no vean tranquilos el bienestar ajeno, estén ó no regimentados en escuelas y sectas.

Pero lo que sabían pocos era que aquel coche de suave movimiento, aquellas pieles, aquellas alhajas, y puestos encima muebles, cuadros, estatuas, fincas rústicas y urbanas, acciones de minas y títulos de renta, los habría dado doña Manuela por haber podido andar con sus piernas, atacadas de horrorosa é incurable paraplejia. Aguas nacionales y extranjeras, consultas á especialistas famosos, tratamientos homeopáticos, eléctricos, de *masaje* y de drogas; y por de contado mandas, visitas á santuarios milagrosos, novenarios y tríduos, todo se empleó sin resultado ni esperanza, pues las pobres extremidades de la señora, que al principio se le figuraban de algodón cardado, ahora le parecían de plomo pesadísimo. No había que darle vueltas; hallábase baldada para siempre, como si la hubiera herido una bala de cañón llevándole aquellos miembros y convirtiéndola en harapo viviente, dotado por misericordia de medio cuerpo y media alma.

Las gentes que compadecían á la richona y las que la envidiaban, se habían fijado en una coincidencia curiosa y que era

completamente exacta: su enfermedad había estado de acuerdo con su riqueza, pues precisamente se descubrió que en la antigua casa de los Lazcanos, había bienestar desde que se vió que invertían en panaceas más de lo que el bueno de don Gabriel hubiera ganado en un año.

Porque hay que decirlo, pesial escudo de oro y gules con sínople y letra enrevesada, que un pintor de heráldica había fabricado para el uso de los señores: don Gabriel había sido por cerca de veinte años escribiente de la Clavería de la Catedral, y no tenía por ascendientes sino á covachuelistas más hambrones y desgraciados que él mismo; así lo decían cuantos habían conocido aquella familia, compuesta de ilustrísimos don Nadies.

Allá en los días (malditos sean) de la invasión americana, don Gabriel, que escribía una hermosa y elegante bastarda española que remontaba sus orígenes á la prestigiosa trinidad de Torío, Palomares é Iturzaeta, reparó en el precioso palmito de su vecina Manolita Ibáñez, guapa chiquilla que era el encanto del barrio, y que por lo

CAROLINA ALEJANDRINA

graciosa y arriscada podía apostárselas con las más tónicas elegantonas que entonces daban la ley.

El matrimonio se arregló en menos que se persigna un cura loco: tres paseos por la acera rudimentaria, tres entrevistas á la luz de la luna, tres bromas del Padre guardián de San Francisco que pidió la mano de la chica, y tres latines masculados mal y de prisa á las tantas de la madrugada por el capellán de San Diego, fueron bastantes para poner el uno en manos del otro, aquel estuche de habilidades pendolísticas y aquel manojito de gracias femeninas.

Pasaron los tiempos, y á la naturaleza no plugó que el matrimonio fuera prolífico; llegaron las épocas tristes de la guerra de tres años y solos continuaban los esposos, adorándose con toda su alma; pero faltos de todo cuanto poseen los dichosos, *fuera* el amor mutuo.

En aquellos días, en que los licenciados se tornaban en generales y derrotaban á los del antiguo ejército, á los del núcleo iturbidista, cubiertos de veneras, de galones, de cruces y de entorchados, más de

una vez deben haber pasado por la mente del pobre recluso de Clavería deseos de irse de aventura, por si acaso la fortuna ó sus méritos lo encumbraban á la altura que á su colega don Santos Degollado; pero como carecía de arrestos, se limitaba á lamentar su suerte, á envidiar á los ricos antiguos, que vivían de sus bien saneados caudales, y á excecra á los nuevos, que habían llenado su talego á costa de la fortuna de los conventos.

En su casita de la calle de la Parroquia, compuesta de sala capaz y espaciosa, dos recámaras, patio poblado de árboles rumberos y bien olientes y amplio corral, rumiaban los cónyuges los acontecimientos de la época: que Miguel, siervo de Dios y enviado directo del Altísimo, acababa de derrotar por cuarta ó quinta vez al cabe-cilla Degollado; que el señor General Márquez, segundo cabo del ejército que defendía la sagrada religión y los benditos fueros, acababa de ser obsequiado con una corrida de toros en que habían figurado como reinas las niñas más lindas (¡vaya unas quintañonas que serán ahora, si viven!) de la

BIBLIOTECA ALEONSIANA

población; que era seguro que merced á las oraciones de una una monjita de Santa María de Gracia, los malvados y protervos liberales serían destruidos como arista seca al fuego, pues el Señor se había aparecido á la hermana para anunciarle el exterminio de la canalla.

Otras veces, cuando los *hacheros* no asediaban la ciudad con sus malditos ingenios, se jugaban con las vecinas tute, malilla llamada ó juegos de prendas y se contaban ejemplos que hacían caer la baba á aquellos inocentes: el sacerdote que al alzar la hostia se sintió suspendido por los aires; la madre que tuvo, comulgando, la noticia de que se había acordado la erección de su convento; la naboria que lograba celestiales avisos acerca de dónde se encontraban el dinero, el chocolate ó la libra de pasas que hacían falta á la santa casa en que había sido admitida y en que se había aficionado á la existencia contemplativa, sin que se la admitiera á profesar por la mancha de su origen.

Pero cuando aquellas pláticas cesaban, y sobre todo, cuando los esposos se re-

cluían á la soledad de la alcoba, no dejaban de escuchar un tintineo como de dinero que se contara. Se fijaban algún espacio y el ruido concluía; pero cuando más distraídos encontrábanse, resurgía el rumorcillo fresco, agradable, insistente, tenaz como si quisiera burlarse de los alelados cónyuges. No podían atribuir ese ruido á los vecinos, gentes todavía más pobres que ellos; no podían creer en alucinación de sus sentidos, porque despiertos y bien despiertos estaban cuando lo oían á dúo, y por cierto que aun se pellizcaban para convencerse de que no había engaño. Hicieron que un sacerdote lanzara censuras y exorcismos, pensando que el malo habría metido allí la pezuña hendida; se tapiaron los oídos con cera, como los compañeros de Ulises; rezaron preces á todos los santos de la corte celestial; pero como si un diablillo maleante hubiera querido burlarse de ellos, el ruido continuaba sin fin.

Pasaban las noches en vela, abandonaban, apenas empezada, su mísera pitanza, vivían tristes y cariacontecidos, obsesos y sin paz, cuando se resolvió don Gabriel á

CAROLINA ALEJANDRA

tentar un medio postrero antes de abandonar la casa ó quemarla ó mandarla derribar del techo á los cimientos, por más que el tal inmueble fuera la única prenda que había recibido de sus padres.

Una noche, el pobre racionista llegó á su casa ocultando debajo de la capa una piqueta, como si escondiera algún tremendo explosivo; aguardó á que cesara el paso de transeuntes, y cuando el sereno gritaba en la esquina de la calle *las diez y nublado*, don Gabriel empezó á romper el muro en que se oía el endiablado rumorillo. Primero cascote y piedras pequeñas, luego tierra y más tierra, fué cuanto salió del agujero é invadió la estancia; pero el ruidillo continuaba más claro, más perceptible, más sonoro, en los raros momentos que el improvisado alarife daba paz á la mano. Atenta estaba doña Manuela á las fases de la operación, cuando cádate que entre aquella polvareda ve brillar una doblilla de plata que ostentaba una K y una I, los castillos tradicionales, una M latina, y de la divisa un PLVS VL bien diseñado y perceptible.

Siguió furioso don Gabriel cavando en

el muro, hasta que oyó caer monedas y más monedas, tantas que le pareció al escribiente que aquella cascada duraría chorreando por toda una eternidad; con fuerza nerviosa, de que nunca se habría considerado capaz, amplió la horadación y pudo ver que un río de oro, un verdadero Pactolo inundaba el vano de la pared. Había allí doblas castellanas con la letra de Karolus et Ioanna, onzas del tiempo de Felipe II, patacones irregulares hechos con tijeras, escuditos con la efigie deliciosamente perversa del *ingenio de esta corte* que inmortalizó el pincel de Velázquez, peluconas de Carlos III, monedas mil en que sólo se distinguían el *Philip*, el *Carol*, el *Hispania* et *Ind rex*, y castillos, leones, cruces y flechas

Don Gabriel siguió hurgando en la copina que pendiente de un clavo se hallaba en el espacio que dejaban las dos paredes, la de su casa y la inmediata, arrancó con mano ávida y temblorosa las onzas que fingían los ojos del buey, tanteó la herida hecha en la piel por la acción del tiempo y que había servido para que, escapándose

el metal, se oyeran los ruidos que tanto habían alarmado á los esposos, y acabó por meter en las cajas de madera de alcanfor y en los baules forrados de cuero y claveteados con tachuelas de cabeza dorada, todo aquel dineral que se le había entrado por las puertas sin saberlo ni quererlo.

Quando concluyó la tarea buscó á su esposa y la halló en un viejo sillón, lívida, sin movimiento, como si hubiera muerto. Por medio de una vecina llamó al mejor médico de la ciudad, obligó á doña Manuela á ingurgitar una farmacia entera; pero todo fué inútil. La pobre estaba herida de muerte, condenada á perpétua inmovilidad. Los geniecillos que cuidan de los tesoros ocultos habían castigado á don Gabriel en lo que más amaba, por su curiosidad y por su buena suerte.

12 de julio de 1900.

ORDALIAS

ZORRILLA (me parece que fué Zorrilla) escribió en alguna parte que el pueblo mexicano era el más agudo de la tierra; y aunque el cantor de *Granada* se refería de seguro á los *pelados* de las ciudades, le habría sobrado oportunidad de comprobar su dicho si hubiera conocido á los ladinos de los campos ó de las poblaciones cortas, villanos disimulados, agudos, socarrones, sutiles y dotados de un sentido común san chopancino, que deja muchas leguas atrás los entusiasmos de los Quijotes intelectuales y teóricos.